

# “NUNCA NECESITAS PREGUNTAR '¿DIOS ME AMA?'”

Mensaje para el noveno domingo después de Pentecostés

Del pastor Norman Staker

1 REYES 3: 5-12 ☸ ROMANOS 8: 26-39 ☸ MATEO 13: 31-33, 44-52

Que las palabras de mi boca y la meditación de cada corazón sean agradables a tus ojos, oh Señor, nuestra fortaleza y nuestro redentor. Amén. ¡Ha resucitado!  
¡Verdaderamente ha resucitado!

Levanten la mano: ¿Cuántos pecadores hay en la iglesia esta mañana? No sean tímidos; levanten la mano si son pecadores. Antes de comenzar mi mensaje, sé, sé, cuántos pecadores hay presentes esta mañana. ¡Todos ustedes, y sí, incluyéndome a mí! Pero algo, o mejor dicho, alguien, sucedió que lo cambió todo.

Nuestro pasado, presente y futuro se transforman gracias a Él. Gracias a Jesús.

Dado que Dios es sin pecado, nosotros también debemos estar libres de pecado si queremos pasar la eternidad con Él. Si queremos experimentar la salvación que nos ofrece, debemos ser santos como Él es santo. Necesitamos ser justificados. "Como si nunca hubiera pecado" es lo que significa ser justificado. Me gusta cómo se usa esa palabra: justificado, como si nunca hubiera pecado.

Pecas y te sientes indigno del perdón de Dios, y sientes que debes compensarlo de alguna manera. Necesitas justificarte antes de acercarte a Él. Podemos castigarnos de muchas formas en un intento por reconciliarnos con un Dios justo.

¿Sabes lo que dicen las Escrituras con respecto a la justicia de Dios: «En tu atrio, oh Dios, ¿quién podrá levantarse y justificarse a sí mismo?»? Y la respuesta, por supuesto, es: ¡nadie!

Como bien se ha dicho: "Nada satisfará la conciencia del hombre si no satisface primero la conciencia de Dios".

Nuestros intentos de castigarnos a nosotros mismos jamás apaciguarán a Dios, ni a nosotros mismos; simplemente agravamos nuestra pecaminosidad al rechazar a

Dios, y lo hacemos una y otra vez. Y rechazamos la gracia que Él nos ha ofrecido.

Simplemente no vemos el horror del pecado. No comprendemos cuánto aflige a nuestro Padre amoroso. A menudo pensamos en el pecado como una falta específica con la que luchamos constantemente; pero si ese es el alcance de nuestra comprensión del pecado, estamos muy desinformados. Tú y yo pensamos que pecar es demasiado divertido, ¿verdad? Entonces, ¿cómo podemos justificarnos?

Existe una justicia que revela el carácter de Dios, y esta se manifiesta a través de la Ley. La Ley es el reflejo del mismo Dios. Pero la Ley también conlleva el juicio de Dios; condena el pecado.

Según la ley, no existe justificación alguna.

Conocemos el pecado porque Dios nos lo reveló en su Ley. Allí nos enfrentamos a su propia naturaleza y vemos la enorme diferencia que existe entre la nuestra y la suya. Al examinar la Ley, vemos reflejadas en ella a las criaturas más viles y horribles, sin ninguna esperanza de satisfacer las exigencias de Dios.

Como saben, Pablo jamás iría en contra de la ley inmutable de Dios. ¡Es eterna! Pero sí habla de una justicia divina que declara justo a un pecador. Y Pablo afirmó ser el mayor de los pecadores.

Decimos que Dios puede hacer cualquier cosa, ¡y sin embargo hay cosas que Dios no puede hacer! Una de ellas es dejar el pecado impune. Dios es incapaz de no juzgar a todo aquel que peca.

Pablo dice que, por medio de la Ley, llegó el conocimiento del pecado y el decreto de que debía ser castigado. En la cruz, Cristo se hizo nuestro y tomó sobre sí nuestro castigo. ¡Qué maravilla! Dios se hizo hombre con el único propósito de librarnos del castigo del pecado. ¡Tomó sobre sí los pecados del mundo! ¡Nos ama muchísimo!

Me encanta Romanos 8. Versículo 27: Y Dios, que escudriña los corazones, sabe cuál es la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios. El versículo siguiente dice: «Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados». Versículo 31: «¿Qué diremos, pues, de esto? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?». Romanos 8:32 nos dice que Dios abandonó a Cristo, lo entregó. Dice: «El que no nos negó ni a su propio Hijo, sino

que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?». Otro versículo clave: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La aflicción, o la angustia, o la persecución, o el hambre, o la desnudez, o el peligro, o la espada? No, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Entonces Pablo dice algo para que sepamos cuán seguro está. No es algo que haya leído en el periódico, escuchado en las noticias o leído en un comentario bíblico, sino algo que sintió: «Estoy convencido», sabe sin duda, «estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo por venir, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa en toda la creación podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús, nuestro Señor».

Antes les pedí que levantaran la mano si eran pecadores. Tengo otra pregunta, pero jamás les pediría que levantaran la mano: "¿Abandonarían a su hijo?". ¡Olvídense de esas horribles historias en las noticias sobre la familia que encerró a 16 niños o la que permitió que una niña de 14 años muriera de hambre! Sale en las noticias todo el tiempo, pero...

Cristo, como hombre, al convertirse en nuestro pecado, nuestra vergüenza, nuestra impureza, nuestra maldad y nuestra rebelión, en la cruz clamó a su Padre: «¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?!». En efecto, Jesús estaba diciendo: «Yo soy todo hombre que ha vivido, vive o vivirá, y estoy cargando con el castigo por todos sus pecados pasados, presentes y futuros. ¡Dios, no me abandones a esta oscuridad!».

Dios no lo abandonó definitivamente, pues al tercer día lo resucitó de entre los muertos. Para que él justificara a quien tiene fe en Jesús. Por eso Pablo dice: «Estoy convencido».

Por lo tanto, ahora no hay condenación para los que están en Cristo Jesús. Cada uno de nosotros puede ser justificado ante los ojos de Dios mediante la fe en su Hijo, Jesús. ¿Me ama Dios? La cruz lo demuestra; sí me ama.

Reflexionemos de nuevo sobre lo que la muerte de Cristo ha logrado para nosotros, para pensar realmente en lo que significó su muerte, por qué Pablo dijo «Estoy convencido» cuando nos acerquemos a la mesa del Señor en unos minutos. Estos símbolos, el pan y el vino, son para quienes hemos depositado nuestra confianza en el Señor resucitado. Para quienes hemos sido justificados por lo que representa esta fiesta. Porque en este momento proclamamos la muerte del Señor hasta que Él vuelva. El pan simboliza su cuerpo quebrantado por nosotros y la

copa simboliza su sangre derramada por nosotros, la sangre por la cual somos purificados. Dios nos dice que sin derramamiento de sangre no hay perdón de los pecados.

En las últimas semanas hemos analizado las parábolas de Jesús en las lecturas del Evangelio. Mateo nos cuenta que Jesús estaba sentado junto al mar. Una gran multitud se congregó a su alrededor para oírle hablar o verlo realizar un milagro. «El mar de Galilea era uno de sus lugares favoritos para predicar a grandes multitudes, usando una barca como púlpito. El agua era como una caja de resonancia, y las laderas y calas donde se sentaba la gente formaban un anfiteatro natural».

Al leer el Evangelio de hoy, me puse a pensar en aquellos discípulos. ¿Acaso trataban a Jesús como yo habría tratado a mi difunta esposa, Joyce, asintiendo con la cabeza sin comprender realmente, solo para que Jesús pasara a algo que ellos sí entendían?

Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Han entendido todo esto?», después de contarles varias parábolas enigmáticas para describir el reino de Dios en el mundo. Les dijo que el reino era como un grano de mostaza, como la levadura, como un tesoro escondido en un campo, como perlas preciosas, o como una red echada al mar donde después se separa la buena pesca de la mala.

Imagínense ser un discípulo. Me imagino que en ese momento estarían desconcertados. ¿Cómo es el reino? Ellos, como nosotros, querían saber cómo Jesús iba a cambiar el mundo. Querían saber cómo Jesús los ayudaría a librarse de sus opresores. Querían saber cómo Jesús iba a provocar una revolución que transformaría el mundo tal como lo conocían. En resumen, querían saber cómo Jesús derrocaría al gobierno terrenal que los gobernaba. ¿Cómo podrían una semilla de mostaza, un poco de levadura, un tesoro escondido, perlas y la simple selección de la pesca del día lograr algo así?

A Jesús no le preocupaba la revolución contra los poderes terrenales. Reemplazar una institución humana por otra, incluso si la nueva era más benévola y generosa con los más necesitados que la anterior, no traería consigo el reino de Dios.

Jesús invitaba a sus discípulos, y a nosotros, a ver el mundo desde una perspectiva diferente, a cambiar nuestra visión del mundo. No son las grandes revoluciones las que cambian el mundo, sino las pequeñas revoluciones en los corazones y las

mentes de cada ser humano. Cosas pequeñas, como semillas de mostaza, se convierten en imponentes arbustos.

Ustedes, cocineros y panaderos, saben que con tan solo un poco de levadura se puede hacer una cantidad enorme de pan, suficiente para alimentar a multitudes. El reino es tan valioso que, cuando lo encontremos, venderemos todo lo que tenemos para poseerlo. Los bienes materiales no son nada comparados con las riquezas espirituales que el reino de Dios nos brinda a nosotros y al mundo. Dios nos ayuda a discernir lo que nos distrae cada día, apartando aquello que nos alejaría de cumplir su voluntad en nuestras vidas y en el mundo.

¿Han comprendido todo esto? Jesús preguntó a sus discípulos y continúa preguntándonos. ¿Hemos comprendido que el reino de Dios, su Reino, no se trata de riquezas mundanas, sino de las abundantes riquezas del Espíritu?

¿Hemos comprendido que el reino de Dios consiste en entregarnos con alegría, compartiendo todo lo que tenemos con cualquiera que nos lo pida? ¿Hemos comprendido verdaderamente, como Pablo les dijo a los romanos, que ningún poder terrenal nos separa finalmente del reino de Dios?

¿Lo habéis entendido todo? Los discípulos decían que sí. Pero luego, ellos y quienes les sucedieron, dedicaron los siguientes siglos a demostrar que en realidad no lo habían comprendido. Los Padres de la Iglesia pasaron siglos discutiendo sobre la divinidad y la humanidad de Jesús, sobre cómo o por qué su muerte fue redentora, sobre si su madre era virgen y sobre un sinfín de otros argumentos doctrinales, en lugar de prestar atención a la semilla de mostaza, la levadura, el tesoro escondido o la perla de gran valor que debían cultivar en sus propios corazones. Mientras ellos discutían, la gente moría de hambre.

¿Lo has entendido todo? Nosotros sí, solo cuando dedicamos menos tiempo a discutir sobre quién es Jesús y qué significa, y en cambio nos ponemos a trabajar obedeciendo su mandamiento de amarnos los unos a los otros, y dejamos de buscar maneras mundanas de traer el reino de Dios.

¿Has entendido todo esto?

La mayoría de los eruditos creen que el Evangelio de Mateo fue escrito después de la caída de Jerusalén, entre los años 70 y 85 d. C. Mateo se dirige a una audiencia de cristianos judíos y gentiles preocupados por la destrucción de Jerusalén y el caos resultante. Se preguntan por qué coexisten el bien y el mal. Ven la maldad en

nuestro mundo y el dolor que las personas se infligen mutuamente, incluso dentro de la iglesia. ¿Por qué Dios no hace nada? Sabemos que Dios es amoroso y santo. Entonces, ¿por qué no ejerce su justicia? ¿Por qué permite tanta injusticia y sufrimiento?

Mateo utiliza estas parábolas de Jesús para explicar por qué la «palabra» de Jesús, la «semilla» del evangelio, el mensaje de su resurrección no es aceptado por todos. Estas parábolas ofrecen respuestas a los corazones, las mentes y las comunidades cristianas de los años 70 y 80, tras la caída de Jerusalén.

Cada parábola comienza con «el reino de los cielos». En tiempos de Jesús, los judíos conocían las profecías de Daniel y Ezequiel y esperaban a un héroe victorioso. Cada vez que Jesús usaba la frase «el reino de los cielos», sus palabras evocaban recuerdos de estandartes resplandecientes, ejércitos gloriosos, el oro y el marfil de los tiempos de Salomón, la nación de Israel restaurada. Y Dios, que escudriña los corazones, conoce la intención del Espíritu, porque el Espíritu intercede por los santos conforme a la voluntad de Dios. Que Dios te bendiga al permitirle limpiar tu corazón y disipar la duda con su Palabra.

**¡¡AMÉN!!**